

Aunque sea una sonrisa

Filotes

Una suave brisa curioseosa entre esquinas y árboles y trae en su vuelo las primeras luces del alba. Hace poco entró el otoño con su serio perfil de agua y viento. Los días se hacen más cortos, íntimos, y todo parece mirar hacia dentro. Mientras desayuno, me ha venido a la memoria un hecho que cambió mi vida y me sirvió, no solo para profundizar en la manera de sentir de nuestros mayores, sino también para no encasillarlos a priori. A veces, al descorrer los visillos vemos en las personas una hermosa mezcla de ternura y bondad que, aun oculta, llegado el momento la vierten en los demás y da un brillo especial a sus vidas.

Y eso fue lo que viví y aprendí con D^a Herminia.

Fue un día muy parecido al de hoy. Desde la ventana de mi dormitorio veía caer hojas secas que iban alfombrando las calles de un silencio ocre. Me levanté con el propósito de seguir mi guerra particular: encontrar trabajo, a pesar de llevar varios meses pateando calles sin el menor resultado. Al encender el ordenador vi que me citaban para una entrevista de trabajo en una Residencia de ancianos. Era un cambio importante, coger aire fresco, como empezar de nuevo. Quizás el ser Auxiliar de Geriátrica había tenido algún peso en esa cita, pero me hundí, cuando supe que solo eran tres meses de prácticas pagadas y luego a la calle, sí o sí. Se repetía mi historia: cuando conseguía un trabajo, siempre era temporal, siempre de prácticas, y llegué a considerarme un fracasado laboral con todo mi bagaje de conocimientos y mi alto nivel de inglés.

En la entrevista me hicieron preguntas relacionadas con mi carrera, experiencia, deseos, y hoy pienso que el resultado depende mucho de la primera impresión, de esa fotografía instantánea que hace el que pregunta sobre el solicitante. Creo sinceramente que todo es una maniobra artificiosa y que debemos actuar como somos, ser sinceros y no aparentar ni soberbia ni sospechosa humildad.

Al día siguiente llamaron para que me incorporara al trabajo, con el consiguiente subidón de moral. Me asignaron cuidar a una mujer de ochenta y cinco años, D^a Herminia, licenciada en filosofía y letras, profesora de universidad, afectada de una paraplejía. Lo primero que me dijo es que estaba flacucho, que no me veía fuerte como para moverla del carrito a ningún otro sitio. Ese primer día fue duro. Pensé para mis adentros, que D^a Herminia repartía con esmero su innata antipatía, y me haría la vida insostenible, amén de hacerme fracasar en la prueba. Al poco tiempo le llevé un café a su dormitorio, le pareció demasiado frío y me lo tiró despectivamente a la bata. Salí de

la habitación con la boca seca y el deseo imperioso de gritar por ver si el eco respondía y volvía a sentirme persona. En otra ocasión, después de recibir de ella una mirada torcida de desaprobación por algo sin importancia, no pude reprimirme y le hable con firmeza: “D^a Herminia, me duelen sus miradas de hielo, su palabra engolada y ese envaneido gesto de indiferencia que tiene conmigo. Por eso quiero irme de su lado, porque quisiera verla salir de su espalda tiesa, de su infierno vanidoso y necio, de su hablar triturando huesos.” Sin esperar respuesta salí de su habitación, convencido de que al día siguiente tendría el cese en Recepción.

Pocos días después, todo seguía igual, cuando pasó algo muy simple pero importante, porque supuso un giro de ciento ochenta grados en mi relación con ella. La encontré en la cama, triste porque se le habían roto las gafas y no podía leer. Sin consultárselo empecé a leer en voz alta un capítulo de “La Dama del Alba”, de Casona. Poco después oí que lloraba en silencio, pero con la suficiente amargura como para dejarme sorprendido. Sin dar tiempo a preguntar nada, empezó a hablar dirigiéndose a mí:

“Ya ves. Soy lo que va quedando, lo que el tiempo ha consumido, un frío erial de sueños siempre a la espera de no ser, o de ser piedra, o el manido polvo de estrellas. Soy una creída con fecha de caducidad, que ha querido estar siempre en la cresta de la ola y nunca ha pasado de la orilla. Lo días aquí, en la Residencia son largos y sé que cuando no estás a mi lado soy invisible al resto. Soy una sombra más por estos pasillos, en ésta soledad compartida, en estos jardines tan simétricos, llenos de estatuas de mármol con musgo entre los dedos. Estoy sola, rodeada de gente que ríe y a veces grita a destiempo. No soy feliz, porque creo que la Residencia y mis familiares decidieron de común acuerdo, como y donde tenía que pasar el resto de mi vida. -Es lo que conviene-, me dijeron, y lo entiendo, sé que ahora soy un trasto, que en ocasiones estorbo, pero me acuerdo de mi casa, de mi perro, de todo lo que he tenido que abandonar y ahora me queda tan lejos. Cada día deshojo la flor de aquel tiempo, cuando el sol era un racimo de sueños, y mi vida presente de indicativo. Ahora me queda el miedo de los viejos, la penumbra del futuro ceñida al cuerpo. No me dejes sola, flacucho”

Desde aquel momento, D^a Herminia cambió de actitud y su trato fue pasando de cordial a entrañable. Yo pasé a ser su particular hilo de Ariadna, ayudándole a combatir la melancolía, ganar la batalla a su soledad y volver a sentir el rito, casi sagrado, de vivir. Se olvidaron los días tormentosos, y por fin acunó en sus labios una discreta sonrisa,

algo impensable tiempo atrás. Sustituyó lo de flacucho por mi nombre de pila: Esteban, y poco a poco se deshilaron las sombras que tapaban el alma de aquella mujer. Y así llegó el día en el que acababan mis prácticas. La última noche de mi estancia en la Residencia, después de la cena la dejé en su cama y le puse en el “compacto” su canción preferida: “*Ne me quitte pas*”. No supe decirle adiós, y me quedó la viva sensación de que era yo quién la abandonaba. Al salir a la calle, agradecí sobremanera el chirimirí que caía porque logró disimular las lágrimas que afloraban a mis ojos. Allí quedaba mi querida D^a Herminia, sola, con sus versos y sus libros, con sus muchos años, sus penas, y una ternura de oro oculta tras aparente bisutería.

“Ya le llamaremos. Gracias”, decía un mensaje escueto en el ordenador, dando por terminada mi experiencia y mí trabajo en la Residencia. Seguí mi rutina echando solicitudes de trabajo y una mañana me volvieron a llamar de la Residencia de ancianos, citándome para ser recibido por la directora del Centro. Allí me dijeron que D^a Herminia había fallecido y había legado parte de su fortuna a la Residencia, con la condición de que yo formara parte de su plantilla de forma definitiva.

El tiempo que llevo trabajando en la Residencia, me ha servido para valorar la soledad de nuestros mayores, para mirar los días con esperanza y olvidar el derrumbe, el abatimiento que a veces nos domina y nos ata a una quietud ineficaz, a una nostalgia despiadada. D^a Herminia pudo abusar de un carácter destemplado en los primeros días que nos conocimos; pero ella vivía una secreta desesperanza, sentía ese anonimato de los mayores cuando están en su camino de vuelta y solo hilvanan recuerdos. Luego, el tiempo limó asperezas y pude encontrar el terciopelo que guardaba en su corazón. Aquellos ojos tristes, brillaban cuando hablábamos de poesía, de versos, metáforas, cuando apurábamos aquellos momentos de nuestras vidas como si de un buen vino de reserva se trataran. El amor está ahí, en las personas, más o menos escondido pero a la espera de que alguien lo encuentre y lo distribuya a manos llenas.

Debemos dar ternura a nuestros mayores, darnos a ellos, aunque sea muy poco, aunque sea una sonrisa.